



Fray Candil: el hombre, el escritor, el mito...*

Fray Candil: the Man, the Writer, the Myth...

Urbano MARTÍNEZ CARMENATE

Universidad de Matanzas, Cuba

Resumen: Este ensayo relata la trayectoria vital de Emilio Bobadilla, alias Fray Candil (Cárdenas, 1862 – Biarritz, 1921). Las páginas que siguen buscan despertar interés en la biografía y la obra de este intelectual y polemista cubano —un tanto olvidado— que se desempeñó como escritor, poeta, periodista, crítico literario y diplomático.

Palabras clave: Emilio Bobadilla (Fray Candil); trayectoria vital; literatura; poesía; periodismo; crítica; Cuba; América; Europa.

Abstract: This essay recounts the life trajectory of Emilio Bobadilla, alias Fray Candil (Cardenas, 1862 – Biarritz, 1921). The following pages seek to arouse interest in the biography and work of this somewhat forgotten Cuban intellectual and polemicist, who served as a writer, poet, journalist, literary critic and diplomat.

Keywords: Emilio Bobadilla (Fray Candil); Life Trajectory; Literature; Poetry; Journalism; Criticism; Cuba; America; Europe.

Nací en época aciaga,
y ruidos de cadenas
mi niñez arrullaron
y dieron vida a mis primeras penas.
Fray Candil. *Vórtice* (1902)

- 1 -

Fray Candil vino al mundo en 1883; pero casi dos décadas atrás, el 24 de julio de 1862, nació un niño al que llamaron Emilio Bobadilla Lunar, hijo de un matrimonio de origen habanero: José Sixto y Adelaida. Unos años antes, la pareja se había aposentado en este punto geográfico donde ahora les llegaba el primer

* Capítulo I de la obra inédita de Urbano Martínez Carmenate (2021). *Fray Candil: la pluma del diablo* (ensayo ganador del Premio Fundación de la ciudad de Matanzas).



varón: San Juan de Dios de Cárdenas, situado en terrenos pantanosos de la costa norte occidental cubana. Era entonces una población muy joven. Hacendosos vecinos de la comarca la habían fundado en 1828 con gran esfuerzo, tras batallar en medio del fango y los manglares, hasta levantar almacenes, chozas y terraplenes que les posibilitaron comunicarse con otros parajes. Pero sobre todo, salir hasta el mar y ganarse un puerto para legitimar el comercio, lo más promisorio para quienes se enfrentaron a la naturaleza en aras de hacerse espacio, apartando mosquitos, jejenes, niguas y cangrejos en un escenario inhóspito, insalubre.

Sin embargo, Cárdenas fue una de las localidades coloniales del siglo XIX que mostró un rápido progreso y esto se debió al desarrollo económico impetuoso de su entorno. En 1840 contaba ya con el segundo ferrocarril de la Isla, después del tramo Habana-Güines. Cuatro años más tarde se inaugura una filial de la Diputación Patriótica capitalina. En 1851 ocurren aquí tres sucesos significativos: en mayo, la fracasada expedición separatista que organizó y dirigió Narciso López (doce horas aquel paraje con la bandera española arriada); en agosto, la salida del *Boletín Mercantil*, primer periódico local; y en diciembre la sorpresa de una real orden que le concedía el título de villa. En esa época, el territorio se veía rodeado de numerosos ingenios. Los pobladores contaban con varias escuelas para educar a sus hijos, la sociedad de instrucción y recreo “La Filarmónica” y un teatro —El Salón— que ofrecía funciones desde 1840.

En octubre de 1859 se llegó hasta la urbe Ramón de La Sagra. Tras palpar los adelantos de la comarca en lo tocante a cultivos, construcciones y avance intelectual, confesó que su estancia de algunos días había sido “una especie de encanto incesante”. Meses más tarde asume el gobierno local Domingo Verdugo, a quien acompaña su esposa, Gertrudis Gómez de Avellaneda. En casi un trienio de mandato, suceden en la población algunos hechos significativos: se fundan la sociedad El Siglo y el colegio El Progreso; se construye un espacioso hospital y se inaugura una estatua consagrada a Cristóbal Colón, la primera en Hispanoamérica, según los historiadores regionales¹. Para entonces, llevaba un tiempo establecido allí el señor José Sixto Bobadilla, tras haberse graduado en Derecho en 1853. Cuando en 1857 se organiza el Banco de Crédito Mercantil, la directiva lo designa secretario. Seguirá progresando sostenidamente en aquel ámbito: concejal del Ayuntamiento en 1862, alcalde mayor en 1865...

En 1866, Cárdenas recibe el título de ciudad. Pero no todo marcha bien con las autoridades representativas de la monarquía española. En ese mismo año, Bobadilla se incluye entre los miembros del cabildo que firman una protesta contra el capitán general por sus arbitrarias disposiciones con respecto a la elección de delegados a la Junta de Información. Tres años después era deportado de la Isla y marchaba al exilio con su familia, acusado de infidelidad a la corona en ese complejo 1869. Junto a Miguel Bravo Sentiés y otros patriotas ha

¹ Los historiadores locales la consideran una de las tantas primicias del territorio. Pero Daneris Fernández (2008) plantea que la estatua situada en el parque trasero de dicho coliseo fue colocada allí poco antes de la de Cárdenas; suceso apenas divulgado entonces, porque el propósito era, precisamente, adelantarse a la ciudad rival.

estado conspirando en contra de la metrópoli y a favor de los rebeldes alzados en armas desde el 10 de octubre de 1868. Una disposición posterior le embarga los escasos bienes adquiridos con el producto de su labor jurídica: 3 casas y 27 acciones, repartidas entre la Compañía de Alumbrado de gas y un proyectado nuevo teatro. Cuando se aleja forzosamente de la localidad, su hijo Emilio apenas llega a los 7 años.

- 2 -

Casi una década de extrañamiento: primero en Baltimore, Estados Unidos, de paso; después en Veracruz, México, donde el infeliz letrado contó con buena acogida, revalida su título y puede ejercer la profesión. El fin de la guerra propicia el retorno y se instalan en La Habana. El padre abre bufete y más adelante consigue una plaza de profesor auxiliar en la Facultad de Derecho en la entonces ya sesquicentenaria Universidad. El hijo terminará su bachillerato en el colegio San Anacleto en 1878 y no pierde oportunidad: en la misma fecha logra matrícula para estudios superiores. No le interesa mucho la carrera jurídica, pero al escogerla complace a su progenitor por quien siente una muy especial devoción. El tiempo se encargará de demostrarle a todos que aquel temperamento fogoso no era lo más adecuado para manejar códigos, interpretar leyes e impartir justicia. Su expediente de alumno casi nunca mostró una nota de sobresaliente en las materias principales del ramo. En 1887, aún sin ganarse el diploma de licenciado, se alejaría de la patria para conseguir el título en Madrid.

Lo que en verdad seducía a Emilio eran el periodismo y la literatura. En la biblioteca de José Sixto y con la orientación de este, adelantó bastante en sus lecturas. Su tutor en ese sentido no solo se consideraba figura inteligente dentro de la judicatura. En su primera juventud, con apenas veinte años, publicó en la imprenta de Barcina *Elementos de Gramática Castellana, arreglada para el uso de los niños*, un folleto de 82 páginas que debió ser muy útil en ese momento: 1846. Un *Tratado Elemental de Prosodia y Ortografía* sacó a la luz pública en 1847. Son manuales que no se conservan en bibliotecas de la Isla, según confesiones de quienes los han procurado con el ánimo de analizar alcance y aportes. Pero es evidente que entonces no cualquiera se ocupaba de esas ciencias en la Colonia, cuyos centros de enseñanza preferenciaban los textos de autores españoles². Tampoco todos los letrados conseguían insertar artículos en el *Faro Industrial de La Habana* y de él se han localizado trece colaboraciones; además, unos versos en *El Almendares*, semanario que redactaban Ildefonso Estrada y Zenea y su primo, el poeta Juan Clemente, en 1852.

De manera que las inclinaciones literarias del padre fueron guía y ejemplo para las aventuras escriturales del hijo. Las otras ventajas estarían en el ámbito de las relaciones sociales. A muy temprana edad asistía el joven a las veladas del Liceo de Guanabacoa, en cuya tribuna alcanzó a escuchar el verbo fulminante de

² Trelles (1911-1915) recoge ambos títulos en el tomo tercero de su *Bibliografía Cubana del siglo XIX*. El primero lo publica José Sixto en coautoría con Claudio Sáenz, emigrante español. Agrega el bibliógrafo sobre la obra: "Fue elogiada y dio lugar a una animada polémica".

José Martí. Su inquietud lo condujo a participar ocasionalmente en tertulias capitalinas, como aquella que lideraba José Antonio Cortina en la redacción de la *Revista de Cuba*, la que se reunía en casa del Dr. José María de Céspedes o la que se desarrollaba en el café Europa con la participación de intelectuales emergentes, como Alfredo Martín Morales. Esos intercambios culturales fueron preparándolo, ensanchando sus capacidades y encaminándolo por la senda preferida por él, a la vez que lo apartaban de los estudios centrados en el Derecho.

Entre las amistades suyas y las del padre se sentía impulsado hacia su verdadero destino: el mundo de las letras. Pero también influirían bastante los lazos de parentesco. Fue una suerte que un grupo de figuras notables se ligaran a su familia. Leopoldo de Sola, abogado con prestigiosa bufete actuante en la capital, contrajo matrimonio con su hermana Isabel. Carlos Saladrigas, eminente líder del Partido Liberal Autonomista, era el esposo de una tía materna. A esa misma agrupación política pertenecía el marido de una prima suya: Rafael Montoro, quien sería el primero en abrirle las puertas de las publicaciones periódicas. Desde sus inicios comenzó a componer materiales atrevidos, ríspidos, agresivos; y en 1883 usó el seudónimo que iba a inmortalizarlo. Cuatro años más tarde explicaría las razones: “Me firmo Fray Candil porque los frailes gozan de cierta impunidad para decir cuanto se les venga al hábito, y Candil, porque gusto de hacer luz donde imperan las sombras [...]” (Bobadilla, 1886: 131).

Lo cierto es que en escaso tiempo progresó bastante. No solo colaboró en los medios de prensa mediante comentarios, crónicas y críticas, sino que también divulgó los versos que hacía: algunos de carácter amoroso, con aliento romántico, inspirados en los romances que vivía con las muchachas; pero otros —los más— eran sátiras y epigramas de características chispeantes, quizás demasiado fuertes para su tiempo. Pronto se ganó los calificativos de inmoral y pornográfico. A eso hay que sumarle su postura tan proclive a arremeter contra todo y en contra de todos, haciendo gala de la mayor dureza y de una total intolerancia. Esta condición le acompañaría desde ya y por siempre. Más adelante, él trató de justificarse:

Al entrar en la vida pública se me ofrecieron dos caminos: uno corto, florido, risueño (el de la adulación); otro largo, tortuoso, estéril, pedregoso (el de la sinceridad y el de la justicia). Opté sin vacilar por el segundo. No me arredraron las penalidades de la ruta, las ingratitudes de algunos, la perfidia de muchos, el odio de no pocos.

¿Quién me obligó a escoger este camino en que no hay más que contrariedades, estrecheces pecuniarias, tribulaciones y agonías? Mi temperamento, mi complexión cerebral, todo lo que hay en mí de luchador.

Yo que sé lo malo que es decir la verdad, los disgustos que acarrea, persisto en decirla: “*C'est plus fort que moi*” (Bobadilla, 1911: 220-221).

Su trayectoria intelectual en La Habana puede sintetizarse así: en el quinquenio que arranca en 1881, colaboró en múltiples periódicos capitalinos y dirigió dos, a los cuales la censura oficial castigó más de una vez con la suspensión temporal. Dio a la luz tres poemarios: dos de versos satíricos y uno con poemas románticos. Firmó con su seudónimo un libro de críticas: *Reflejos de Fray Candil*, en 1886. En el prólogo, el periodista Antonio Escobar lo presenta así:

[...] Alto, bien plantado, de pocas carnes, ojos negros y vivos, bigote retorcido, aire resuelto. Si hubiera vivido en la Francia de Luis XIII [...] hubiese sido mosquetero del rey. Como ha nacido en Cuba, en el siglo de las letras de molde, en vez de andar a estocadas con los guardias del Cardenal, persigue a los poetas ramplones.

Muy joven (24 años) ha conseguido lo que otros no consiguen: que el público se ocupe de él. Es muy discutido, muy atacado y muy defendido. Tiene muchas simpatías y muchas enemistades [...].

Quien vea las fotos aparecidas en sus obras, comprenderá cuánto realismo hay en esa descripción física de Emilio Bobadilla. Y quien lea sus textos se explicará la razón de tanta polvoreda en torno suyo. En ese mismo volumen, y con motivo de una caricatura que le solicitara Ignacio Sarachaga, él ofrecía una definición de sí mismo, tan burlona y desenfadada, que de seguro muy pocos debieron tomarla como una imagen realista:

Yo soy un hombre como hay pocos [...].

[...] Pues un hombre que se ríe de todo: ¡hasta de su caricatura! A falta de lágrimas, carcajadas; como si dijéramos: a falta de pan, casabe. He tenido el valor de echarme a reír ¡después de sacarme una muela! [...].

[...] Tomo el mundo como lo que es: un sainete, y me río a mandíbula batiente [...] de todo, y como con buen apetito. Eso sí, me gusta comer bien, aunque durante la comida me lean versos de Triay. ¡Triay! Palabra fatídica que me para los puntos de punta.

Cuando escucho decir Triay,
Exclamo al momento ¡ay!.

Se refería a un periodista y poeta de origen español —José E. Triay— residente en Cuba por mucho tiempo, pero cuyos versos fueron siempre mediocres. Ese Fray Candil guasón, irónico, que sin piedad se mofa del más pinto, es el que aquí se autorretrata y que mantendrá esas mismas características de belicosidad, ímpetu y pasión desbordada por el resto de su vida. Ya habrá oportunidad de apreciarlo en las páginas que vienen. O de aborrecerlo.

- 3 -

Lo único que pudo quebrar la risa y el entusiasmo de Fray Candil —solo momentáneamente, desde luego— fue la muerte de José Sixto Bobadilla, en junio de 1886, en plena madurez profesional, a los sesenta años. Fue un golpe muy fuerte que estremeció al joven en lo profundo de su ser. Se podía hacer bromas, satirizar, embestir contra cualquiera desde la prensa; pero siempre bajo la sombra bienhechora del progenitor, que había sido para él un guía fraterno, consejero y mediador. Perder la brújula vital, cuando se está en pleno desarrollo juvenil e intelectual, puede resultar algo atroz. Fue el caso de Emilio. Dos años atrás, en *Relámpagos* —poemario suyo de 1884— incluyó una composición: “Concierto matinal”, la más extensa del volumen. Fue la escogida para iniciar el libro y es una pintura de la vida y la naturaleza al comenzar el día. Se habla aquí de la ceiba y el plátano, del naranjo y el mango; de “solícitas abejas”, los “tardos bueyes”, del “gallo altivo” que aletea cantando. Dedicó esa poesía a su padre; y aunque no lo menciona en el texto, en una de las penúltimas estrofas hay cierto

clamor que se me antoja nada ajeno al caso, extraña conjetura sobre la tragedia: “!Oh nunca a mis miradas / vívido sol, tu luminar escondas!”.

Ahora toda esa luz se eclipsaba. Al mes siguiente de aquella pérdida, escribié un testimonio lacerante —que colocó después al frente de su nuevo libro, *Reflejos...*, aparecido durante ese mismo año— donde explica lo que sufrió ante tan lastimosa circunstancia, pues al mirar el cadáver “sentí en los labios no sé si la quemadura de una blasfemia horrible o el aleteo de una plegaria llena de santa unción...” Y no vaciló en plasmar las dolorosas consecuencias:

Todo ha cambiado para mí, padre del alma. Mis alegres carcajadas de hoy más no serán sino muecas de dolor; las luminosas visiones de mi fantasía pasarán ante mí como legión de espectros, y el mundo, este mundo incomprendible, no será más que un desierto, sin oasis ni cielo, sin músicas que arrullen mis dolores ni fuentes que apaguen la sed que me abrasa las entrañas...³

Una de sus reacciones más convincentes consistió en proponerse concluir la carrera universitaria interrumpida, promesa que había hecho al progenitor en vida y ahora se convertía en obligado tributo al difunto. En verdad, sus estudios superiores habían transcurrido de manera muy irregular, con atrasos frecuentes, justificando ausencias y presentándose a exámenes cuando le parecía. Ahora el compromiso iba en serio y quizás por eso y en razón de sentirse más atado a su deber, marchó a España. Parte de la Isla el 4 de abril de 1887 en el vapor “Ciudad de Cádiz”. Breve escala en Puerto Rico. El 21 de ese mes desembarca en el puerto gaditano. Acto seguido se traslada a Sevilla donde permanece varias semanas. En junio ya está en Madrid, con grandes deseos de ganarse la ciudad y la esperanza de triunfar a toda costa.

Lo importante es que se abre para él un nuevo horizonte cultural. Desde antes del viaje, había establecido valiosas amistades con escritores de la Península. Emilia Pardo Bazán, una de las novelistas de moda entonces, le había remitido una carta —que él colocó al frente de su libro *Reflejos...*, en 1886— donde ella dejaba sentado que los artículos del cubano le revelaban una “fácil y correcta pluma, excelente ingenio y recta intención literaria”; y agregaba un juicio que para él implicaba un respaldo esencial: “Su desenfado no traspasa los límites del buen gusto”. Antes de alejarse, Manuel Sanguily le había dado por escrito una recomendación para Marcelino Menéndez y Pelayo. También tenían noticias del recién llegado algunos periodistas y literatos. De modo que no era un desconocido. Leopoldo Alas (Clarín), considerado entre las voces críticas más reconocidas, lo introdujo en *Madrid Cómico*, notable órgano de prensa madrileño y hasta le escribió un prólogo para su libro *Escaramuzas*, que vio la luz en 1888, apenas a un año de su permanencia allí.

Sin embargo, no todo fue venturoso en los primeros tiempos. Francisco Asís de Icaza, intelectual y diplomático mexicano, con credenciales en aquella capital, le comunicaba a Julián del Casal en julio de 1889: “a propósito de fracasos, al

³ No se trataba de impresiones ocasionales. La sensación fue tan fuerte y persistente que tres años más tarde, al publicar *Fiebres*, vuelve a evocarle en un poema. El triste recuerdo lo persiguió durante toda su vida.

pobre Bobadilla no le ha ido muy bien en estos días"; y se refería a tres infaustas contingencias: la suspensión de una lectura poética del cubano en el Ateneo; el abucheo de una pieza teatral —obra de Fray Candil en coautoría con un tal Varona— y la pérdida parcial de la edición de su último poemario por naufragio del vapor que trasladaba los ejemplares a Cuba. Los penosos incidentes lo afectaban, aun cuando alrededor de esa misma fecha consigue una de sus ansiadas metas al encaminarse a Europa: el título de licenciado en Derecho.

Pero en definitiva, nada entorpece su definitivo acomodo. Con increíble celeridad continuaron publicándose volúmenes de su cosecha, con una frecuencia casi anual, al menos en lo que restaba del siglo en curso: *Fiebres* (1889); *Capirotazos* (1890); *Críticas instantáneas...* (1891); *Triquitraques* (1892); *Solfeo* (1893); *Baturrillos* (1895). Esa proliferación de su pluma demuestra lo pronto que se adaptó a las nuevas circunstancias y, de cierta manera, habla a la vez de su éxito en la prensa y en el ámbito editorial. Salvo el de 1889, que contenía versos, el resto agrupaba trabajos suyos publicados en periódicos y revistas en los cuales él ejercía el criterio, tal como había acostumbrado a hacerlo en su patria. El de 1893 lo prologaba otro destacado intelectual español, Urbano González Serrano, quien presentó al autor así:

[...] Delgado de cuerpo, con vista penetrante, de tenacidad muscular fustigada por un eretismo nervioso, cuidadoso en el vestir, retraído de las relaciones sociales, [...] con la divina pereza de la gente del Mediodía y la viril energía de una educación modernista y libre, nostálgico, con un pesimismo saludable, que desconfía de las flaquezas humanas y se prenda de las inflexibles leyes que la lógica inmanente impone a los fenómenos, Fray Candil es un carácter complejo, complejísimo, a veces, como él mismo dice que debe ser el crítico, hasta contradictorio (Bobadilla, 1893).

En realidad no había dejado de ser el que siempre fue: batallador, contendiente, temerario, quisquilloso ante gazapos gramaticales y lapsus de redacción, príncipe del atrevimiento, guerrero sin cuartel frente a todas las banderas. No tuvo peros en enfrentarse a las plumas más respetables de su tiempo en la Península, desde Antonio Cánovas del Castillo hasta Emilio Castelar, Federico Balart o José Echegaray, por mencionar solo los más conocidos. Con sus colegas dedicados a criticar obras literarias no guardó consideración alguna: desde los epígonos de Manuel Revilla hasta Manuel Cañete fueron atacados por él despiadadamente, sin excluir al mismísimo Clarín, que tanto lo había impulsado en su carrera y con el cual concluyó Bobadilla protagonizando un duelo personal, escándalo soberano en pleno Madrid finisecular. Sobre ese trágico encuentro volveremos más adelante.

Fray Candil fue también el viajero impenitente. No hay forma de explicar el continuo movimiento cuando se analiza que, en ese mismo tiempo está construyendo su obra, que —como ya se dijo— resulta extensa. Se conoce —no es mucho lo que trasciende en detalle— que en 1890 anda de correrías por Galicia; ese mismo año, pero en agosto, se mueve hacia Santander. En septiembre de 1893 transita por Barcelona. Entre el otoño de 1894 y enero de 1895 visita París y Bruselas; después, excursiones por Roma, Venecia, Florencia y otras ciudades italianas. De regreso se asienta en París. En octubre de 1897 pasa por Nueva York

y llega a Panamá. En febrero-abril de 1898 vive en Cartagena y después en Bogotá, hasta julio. Le siguen, por esa fecha, breves estadias en Venezuela, Nicaragua, Martinica... En abril de 1900 recorre nuevamente paisajes hispanos, amén de veranear en Biarritz, lo cual repite en 1901. Radica en Bayona a partir de 1909. Retorna a Cuba y permanece en la capital entre 1910 y 1911. En 1916 se traslada a Biarritz; allí, hasta su muerte.

- 4 -

Las descripciones literales de él y los retratos fotográficos coinciden en ofrecer la imagen de un individuo de aspecto muy varonil, atractivo, acorde con las más caras exigencias femeninas. Trigueño, esbelto, de ojos negrísimos y chispeantes, con cuerpo semiatlético y dueño (cuando quiere) de una charla seductora, pudo haber sido un típico galán tropical para cualquier doncella casadera en su tiempo. A las damas otoñales debió parecerles una especie de Tenorio o Casanova girando por el planeta. Los que lo conocieron aseguraban que fue un sujeto galante, seductor y mujeriego. Especulan —pero no lo dudo— que vivió múltiples romances, aunque no existen evidencias probatorias concretas, porque en ese punto fue siempre muy discreto. Sus poemarios —*Relámpagos* (1884), *Fiebres* (1889) y *Vórtice* (1902)— reflejan, en cierta medida, algunas facetas de la intensidad con que él experimentó las pasiones. En unos versos de 1900, se autodibuja: “Y así, cual de flor en flor/ la abeja, con firme anhelo / de una pasión a otra vuelo, / que la vida sin amor/ es un paisaje sin cielo”.

Sin embargo, en Madrid conoció a la mujer que le inspiraría la pasión más honda: Piedad, la hija del poeta Juan Clemente Zenea. Se enamoraron y consiguieron amarse mucho, quizás hasta el paroxismo. Se habla de un intercambio epistolar entre ellos, con muestras de probidad y vehemencia rayanas en el delirio, pero esas cartas no existen en Cuba ni se han encontrado en otra parte, que yo sepa. Ellos, al fin decidieron casarse —la única vez que él se atrevió a tanto— y cuando llegan a París para establecerse, desde el periódico *Patria* saluda el suceso José Martí, el 8 de diciembre de 1894:

Ya tiene noble compañero para el camino del mundo, siempre áspero, [...] la ideal criatura, a la vez candorosa y enérgica, que dejó sin padre [...] la alevosía de España. Ya rodeada de amigos [...] unió su vida Piedad Zenea [...] a Emilio Bobadilla. [...] Hoy, la hija del poeta va del brazo hidalgo del autor de “La Momia”, en que centellea, fatídica, el alma cubana; [...] A la casa nueva de París envían flores de amistad cuantos, en el hospedaje de su corazón, guardan los versos de Juan Clemente Zenea [...].

Pero uno es el ensueño y otra la crudeza de la realidad. La pareja no pudo ser feliz por mucho tiempo. Un carácter tan especial como el del esposo no podía mantenerse en el idílico reposo del hogar y no dejaba de manifestarse con violencias ocasionales, inevitables impulsos de ira y, sobre todo, las continuas evidencia de infidelidades que ella descubría sin mayores esfuerzos. La experiencia agónica comenzaría desde el principio, según contó Enrique Labrador Ruiz (1958):

[...] Viajaban de novios, juntos a París en pos de la aventura de sus vidas. Ya reñían, ya se reconciliaban, por seguir la costumbre, cuando subió al coche un conocido de Fray Candil y viéndole tan bien acompañado le dijo: “Felicitaciones. Ha encontrado usted una paloma...” A lo que el otro hizo gesto de indiferencia, dio las gracias y pasó a su lectura. Pero llegando al hotel que les daría acomodo lo primero que dijo Bobadilla, muy en su tono, sonriendo y con la mayor indiferencia: “conque paloma ¿eh? ¡Pantera, pantera de Numidia!”. Piedad Zenea ya supo con quien debía habérsela en adelante.

Pero aun a fines de 1905 paseaban juntos por tierras escandinavas. Periódicos y revistas de Copenhague, Estocolmo y otras ciudades hablaron pródigamente de él y de su trayectoria intelectual. Los esposos aceptaron la invitación de Bjornson, el gran escritor noruego, de pasar unos días en su quinta de Anlested.

- 5 -

Desde 1895 vivirá en París. Su labor sigue siendo la misma. Escribe mucho: crónicas, versos, artículos, narraciones y críticas. En este último género se mantiene igual que siempre; es el perpetuo beligerante intelectual, el que todos percibieron desde antes: de ataque en ataque, de polémica en polémica; la pluma temible, la que arrastra cierta maldición diabólica. Ahora se estrena, además, como novelista de impacto. Sus libros continúan saliendo a la luz con una frecuencia que pasma. Pululan las reediciones de sus títulos. Publicaciones de España, Inglaterra, Francia, Cuba y de países latinoamericanos exaltan su obra y su figura, a pesar de los escándalos, las trifulcas y las incriminaciones suyas —a veces desmesuradas, abusivas e injustas— que agreden a periodistas o escritores de cualquier parte, sin que él manifieste el más mínimo respeto por los prestigios individuales.

En 1910 —cuando ya nadie se lo espera— realiza un viaje a su patria; se ha dicho que por problemas muy personales: arreglos de la herencia familiar. Se le recibe como a un héroe, con los merecimientos de una estrella. Aunque no avisó a nadie, lo esperaban en el puerto Enrique Hernández Miyares y Ramón A. Catalá. *El Fígaro* le concedió una sección en sus páginas, denominada “De Bayona a la Habana. Notas en el puño de la camisa”. En la edición correspondiente al 10 de julio, escribió lo siguiente: “Confieso que vine a Cuba con alguna desconfianza, pues cierto amigo mío [...] me aseguró que yo no tenía aquí ‘ni lectores ni amigos’. Los hechos me han probado con creces lo contrario. Testificando, amén de los asaltos efusivos en plena calle, los telegramas y las cartas de pláceme del interior de la Isla que he recibido profusamente [...]”.

Varias revistas lo congratularon. *Bohemia* saludó su presencia y publicó un retrato suyo el 7 de mayo. *El Fígaro* y *Letras* le ofrecieron un festín en el hotel Sevilla la noche del 27. Al día siguiente, *La Discusión* dio a conocer las declaraciones que hiciera Bobadilla al periodista José de la Luz León acerca de La Habana: “Me parece muy adelantada. [...] Pocas capitales he visto en mis múltiples viajes que le ganen en limpieza” (Entralgo, 1957: 26). Debió estar muy emocionado o algo borracho para decir eso y no soltar uno de sus desplantes. Al cabo, tenía que sentirse complacido, pues los colegas no sabían donde ponerlo. Algunos escritores lo invitaron a cenas particulares, entre ellos, José Manuel y

Néstor Carbonell, Rafael Montoro y José A. González Lanusa. Avelino de Llano, médico de la Asociación de Dependientes, le obsequió un bastón, con puño de oro y plata, donde fueron grabadas las iniciales del escritor y una estrella solitaria, emblema de cubanía. Jesús Castellanos escribió en la prensa: “El paso de Fray Candil por su terruño, sobre regocijar a la patria con la alegría de un rescate, puede ser ocasión de pródigo estímulo para todos aquellos que luchando no encuentren todavía la ruta” (Castellanos, 1914: 284).

Por supuesto, el aplauso a su persona no fue una postura coral; siempre hubo alguien que lo impugnó atrincherándose en la prensa. Tal fue el caso de Francisco Cañellas, quien publicó en *El Veterano* un artículo que comenzaba reconociendo sus méritos: la erudición, su estatura como prosista, la capacidad de síntesis como característica esencial de su estilo; pero lo fustigaba implacablemente por su discutible proceder crítico y de ahí pasaba a otros aspectos personales más sensibles: “Su cacareada independencia es pura filfa. No hace mucho se jactaba de que nunca ejercería cargos oficiales porque ‘sobre no creerse con aptitudes para ello, ama mucho su independencia’, y a los pocos días publicaban todos los periódicos de la Habana la noticia de su nombramiento —solicitado por él— de cónsul de Cuba en Bayona” (Cañellas, 1910).

Es que para él no solo hubo agasajos y homenajes privados. También el gobierno de José Miguel Gómez le extendió su reconocimiento en varias oportunidades. Cuando en agosto de 1910 se emitió un decreto presidencial que proclamaba la formación del Museo Nacional, se le comisionó para que en un plazo de tres meses confeccionara el proyecto; pero afloraron varias protestas públicas en la prensa por la exigua retribución monetaria que se le ofrecía y quizás eso explica por qué nada hizo a la postre. En noviembre, otro decreto anunciaba la designación de los 21 escritores que integrarían la sección de literatura de la recién creada Academia Nacional de Artes y Letras. Entre los escogidos aparecía el nombre de Emilio Bobadilla. Se encontraba en La Habana el 22 de diciembre cuando esa entidad celebró su sesión inaugural: no asistió al acto ni presentó excusas a los directivos, mucho menos a la prensa. Sin embargo, y en honor a la verdad, nunca se pronunció en contra de ese órgano ni renunció al honor de su elección. Moriría siendo académico⁴.

Quizás la mayor distinción del presidente Gómez para con él se había dado en 1909 al nombrarlo cónsul en Bayona. Aceptó representar a la República en esa ciudad francesa. Más allá de cualquier protocolo diplomático, Fray Candil estaba convencido de que él era él, por encima de otra cosa. Por eso, a pesar de cargos y distinciones honoríficas, no tuvo a menos publicar en *La Discusión* un artículo en el cual enaltecía a Francisco Vicente Aguilera y acusaba a Carlos Manuel de Céspedes de “abogado vanidoso, intrigante y obstinado”. De inmediato cayó sobre él una avalancha de ataques provenientes de la prensa: desde *El Mundo*, *El Fígaro*, *La Lucha*, *Cuba* y *El Triunfo*, fundamentalmente. Uno de los periodistas que le salió al paso fue Joaquín Navarro Riera (Ducazcal). Calificó de “inoportunas e

⁴ Siempre había renegado de las academias. En su *Reflejos...* (1886), escribió: “Las academias, como las chisteras, no se han hecho para gentes serias. Ningún escritor satírico ha entrado en ella, que yo sepa”.

irreflexivas” aquellas declaraciones y argumentó: “[...] esa crítica demoledora es ingrata y funesta para los permanentes intereses de la nacionalidad y para los supremos ideales del patriotismo, y mucho más [...] cuando es la pasión [...] la que pretende usurpar sus fueros a la verdad y a la justicia”.

Sus colegas olvidaron de pronto los méritos del compatriota, los numerosos títulos publicados y el fragor de su prosapia intelectual. Algunos buscaban la manera de justificarlo. La inmensa mayoría lo embistió sin piedad durante los veinte días siguientes⁵. A tres lustros de la pérdida martiana y a tan escasos años de la derrota española, los cubanos no estaban dispuestos a permitir ofensas a sus héroes, mucho menos al Padre de la Patria. De todo hubo en aquella polémica tormentosa en la cual nadie desconoció las virtudes patrióticas de Aguilera, porque lo que indignaba era la provocativa payasada de Bobadilla, su humillante ligereza al estropear un símbolo sagrado en las propias narices de un pueblo que seguía sintiéndose mambí y con esta explosiva reacción lo expresaba. Pudo él hacerse el sordo de inicio, el indiferente ante los insultos encubiertos; pero se tornaron tan rotundas las injurias que no pudo evadir la concertación del duelo personal, práctica que aun continuaba siendo común en Cuba y en el mundo de entonces. Seguiría siéndolo hasta la década del treinta, como una prueba de la incongruencia humana y la necedad de las costumbres.

- 6 -

En 1886, él se había pronunciado en contra de los duelos, señalando las vetas negativas del asunto, pero al final concordaba con otros en que era un mal necesario. En su tiempo estaba de moda lavar el honor con sangre. De modo que se vería precisado a practicarlo en dos ocasiones. La primera, en 1892, en Madrid y su contrincante fue Clarín: se habían enemistado y no hubo más remedio. El cubano enfrentaba a un hombre casi diez años menor que él, de superior fama literaria, miope y muy nervioso. Tras el lance, el español resultó herido en un brazo y en la boca; el otro salió ileso. Mientras se atendía al lesionado, Bobadilla tarareaba una canción. Al indagar la prensa por su actitud, recordó que, al pactarse el combate, su rival había asegurado que aquello “sería cosa de coser y cantar”. Entonces confirmó: “El pronóstico se ha cumplido, a él lo están cociendo mientras yo canto”.

La otra oportunidad sería en La Habana, a raíz de la mencionada controversia en torno a sus intempestivas declaraciones sobre Céspedes. El escenario fue seleccionado por los representantes de ambos: una casa en la calle

⁵ Explica Entralgo (1957: 32) que poco antes de publicarse el artículo, habían arribado al país los restos del patricio bayamés, traídos desde Estados Unidos; que quizás eso motivó que Bobadilla repasara el libro de Eladio Aguilera, hijo del patricio —publicado en 1909— donde el autor glorificaba al padre en detrimento de Céspedes. Creyendo a pie y juntillas en las consideraciones expuestas en un texto tan parcializado, Fray Candil elaboró el suyo: “Los restos de Aguilera o la justicia póstuma”. Antes, desde *El Figaro*, en su sección “De Bayona a la Habana...”, correspondiente al 2 de octubre, había adelantado algo de su animosidad contra el héroe de La Demajagua, atribuyéndole como características personales “la vanidad y la irreflexión” y presentándolo como usurpador de la gloria de Aguilera.

del Morro, entre Colón y Refugio. Él —que ahora contaba con 48 años de edad—, por ser el ofendido, tenía derecho a escoger el arma e impuso la espada de empuñadura francesa, con la que acostumbraba a practicar diariamente durante una hora en París. De poco le sirvió la ventaja: de inicio se lanzó sobre el otro con ímpetu y el contrario solo se limitó a esperarlo con el arma erecta, hiriéndolo en el brazo en el primer asalto. Esta vez fue el adversario quien salió indemne. Los padrinos detuvieron la pelea, tal como se procedía en estos casos al sufrir contusiones uno de los duelistas.

Fray Candil no era cobarde y lo demostró muchas veces. No por gusto lo comparaban con un mosquetero. Quizás por eso sorprende tanto una anécdota transmitida por tradición oral. Como era tan famoso el escritor cardenense, cualquiera lo provocaba en busca del escándalo público para ganar así alguna notoriedad. Cierta tarde estaba con unos amigos en un café y hasta ellos llegó un tipo que insultó a Bobadilla, por gusto y con extrema acritud, alardeando a gritos: “Me bato, yo sí que me bato...” Increíblemente, el desafiado permaneció tranquilo mientras se limitaba a contestar: “Pues yo no. Yo escojo mis víctimas y usted no es más que un pobre diablo”. Y le dio la espalda ante el asombro de todos los presentes.

- 7 -

Era cónsul de Cuba en Bayona desde 1909; pero está claro que él casi nunca cobraba conciencia de sus responsabilidades oficiales. De lo contrario, no hubiese cometido el torpe error de publicar el 17 de diciembre de 1910 y en el periódico habanero *El Mundo*, un artículo que obligó a Manuel Sanguily, entonces secretario de estado del gobierno de José Miguel Gómez, a llamarle la atención, recordándole que estaba prohibido, según las instrucciones para el servicio consular, dictadas en el país, difundir un material “escrito en sentido depresivo y aun desdeñoso para nuestros representantes diplomáticos”. No era la primera vez que sus escritos en la prensa repercutían desfavorablemente en el ámbito oficial. Seis años atrás, por una crónica suya insertada en *La Discusión* del 27 de abril de 1904, la fiscalía cubana estableció querrela ante una demanda del representante belga en la Isla. Al fin y al cabo, no hubo consecuencias mayores, salvo el alboroto publicitario.

Por sus acciones irresponsables nunca lo degradaron; lejos de eso, tanto lo valoraban que siempre tuvieron con él múltiples consideraciones que lo favorecían a la larga. No solo el presidente Gómez. En 1915, Mario García Menocal lo ratificó como cónsul, ahora en Biarritz; cargo que comprendía no solo esa población, sino también los bajos Pirineos. Un año antes, cierto periodista que lo entrevistó en Madrid reprodujo un retrato literal del escritor que antes había divulgado otro colega en la prensa española y que esta vez vio la luz en la habanera *Bohemia*, en mayo de 1914:

[...] de constitución fuerte, lleva en la cabeza el ceño escéptico y adusto, acentuado por las cejas y el bigote negros, este último levantado con varonil desaliño, la mirada perspicaz, atrevida, denuncia un espíritu sutil y despierto; cuando habla [...] tiene la irresistible elocuencia del genio; [...] la frente

despejada, poblada acaso de ocultos problemas, destaca altiva sobre un busto arrogante. La cabeza, bien nutrida y equilibrada, descansa en una contextura atlética [...] y toda la complexión de ese organismo corresponde a la fortaleza y energía de un espíritu libre, amplio, tan inflexible en la apreciación personal como caballeresca en la rectitud del carácter [...].

A Biarritz se trasladó en 1915 para encargarse del consulado cubano. En 1901, mientras veraneaba en aquel paraje, lo había descrito de esta manera:

Biarritz es, sin duda, la más hermosa y elegante de las playas del mundo. Tiene la ventaja de ser a la vez ciudad y campo, montaña y mar. Salpicada de challets, de suntuosos hoteles, de villas coquetas, de pensiones pulquérrimas, [...] es el *rendez-vous* de la riqueza europea. Se oyen todas las lenguas, incluso el vasco ininteligible y áspero; se ven todos los tipos, desde el blanco lácteo del inglés, hasta el ocre del español. Los automóviles, las bicicletas, los tálburis, las victorias, las charrettes tiradas por diminutos caballos, asnos y cabras de los Pirineos recorren las carreteras, entre avenidas de sonoros pinos (Bobadilla, 1901: 414).

Allí vivió los últimos seis años de su vida. Da la impresión de que fue feliz en aquel rincón bellísimo de la geografía francesa; al menos tal conclusión podía extraerse de sus narraciones, artículos y crónicas escritas y firmadas en ese sitio. Allí murió el primero de enero de 1921, a las seis antemeridiano. Lo enterraron el día 4 y al sepelio asistieron autoridades de Bayona y Biarritz y el cuerpo consular acreditado en ambas ciudades. La ceremonia religiosa se efectuó en la Iglesia de Saint-Charles; y aunque su amada Piedad Zenea no estaba, otra mujer —Petra López de Biscay—, la misma que le brindó cariño en sus tiempos finales, pudo cerrarle los ojos y llevar flores a su tumba.

Su sorpresivo fallecimiento tuvo eco en la prensa internacional y también en su patria, por supuesto. La Academia Nacional de Artes y Letras —de la cual siguió literalmente siendo miembro—, en sus *Anales*, número correspondiente a julio-diciembre de 1921, emitió una nota al respecto, reconociendo que su “enorme producción literaria le había dado renombre universal [...] alcanzando éxitos ruidosos de crítica y de público”. Pero no pudo obviar en su mensaje cierto regusto irónico y amargo, aunque sincero y justo:

[...] fue un gran temperamento literario que supo dar a sus obras el sello de su personalidad. Su ausencia constante de Cuba le impidió, por lo visto, tomar parte en nuestras tareas y aun puede cabernos la duda de si llegó a enterarse que era uno de los nuestros, dada la actitud de obstinado silencio que siempre guardó en sus relaciones con la Academia.

Bibliografía

- BARINAGA, Graziella (1926). *Estudio crítico-biográfico de Emilio Bobadilla* (tesis de grado). La Habana: Imprenta Carasa y Cía.
- BOBADILLA, Emilio (Fray Candil) (1901). "Muecas desde París". *El Fígaro* (La Habana), XVII (35), 22 de septiembre de 1901: 414.
- BOBADILLA, Emilio (1886). *Reflejos de Fray Candil; con una carta de Emilia Pardo Bazán y un juicio de Antonio Escobar*. La Habana: La Propaganda Literaria.
- (1893). *Solfeco (críticas y sátiras)*; pról. de Urbano González Serrano. Madrid: Imp de M. Tello.
- (1911). *Bulevar arriba, bulevar abajo (Psicología al vuelo)*. París: Sociedad de Ediciones Literarias y Artísticas.
- BUENO, Salvador (1964). "Fray Candil, un crítico iconoclasta". En *Figuras cubanas. Breves biografías de grandes cubanos del siglo XIX*. La Habana: Comisión Nacional Cubana de la Unesco, 305-316.
- CAÑELLAS, Francisco (1910). "Al pasar... Fray Candil". *El Veterano* (La Habana), 5 de junio de 1910: 3-4.
- CASTELLANOS, Jesús (1914). *Colección póstuma. T. I: Los optimistas*. La Habana: Talleres Tipográficos del "Avisador Comercial".
- ENTRALGO, Elías (1957). *La cubanía de Fray Candil*. La Habana: Imprenta El Siglo XX.
- (1958). *Una vocación y un temperamento: desde Emilio Bobadilla hasta después de Fray Candil*. La Habana: Imp. de la Universidad de La Habana.
- "Hablando con Emilio Bobadilla en Madrid". *Bohemia*, V (22): 253-254; 31 de mayo de 1914.
- FERNÁNDEZ, Daneris (2008). *Historia del teatro Sauto*. Matanzas: Ediciones Matanzas.
- INSTITUTO DE LITERATURA Y LINGÜÍSTICA "José Antonio Portuondo Valdor" (2003). *Historia de la literatura cubana. T. II: La Literatura cubana entre 1988 y 1958. La República*. La Habana: Editorial Letras Cubanas.
- LABRADOR RUIZ, Enrique (1958). "Bobadilla". En *El pan de los muertos*. Santa Clara: Universidad Central de Las Villas, 33-39.
- MARTÍ, José (1894). "Piedad Zenea y Emilio Bobadilla". *Patria* (New York), 8 de diciembre de 1894.
- TRELLES, Carlos M. (1911-1915). *Bibliografía cubana del siglo XIX*, 8 vol. Matanzas: Impr. de Quirós y Estrada.